

COMENTARIO DE *NIGHT AND MOONLIGHT*¹

Este es uno de los textos que más me intrigan de Thoreau; tanto su temática, como sus ejemplos y referencias, como las metáforas y expresiones que utiliza, parecen muy bien medidas para incitar al lector a algunas ideas asentadas muy profundamente en la imagen que tiene Thoreau de la naturaleza, como detalles que rara vez se detiene a explicar, pero que en este texto cobran una importancia vital.

El tema principal es la consideración de la luna (y de su luz) como elemento estético y ético. En torno a esto gira todo el ensayo, que nos conduce por una vorágine de impresiones y referencias que no dejan a nadie indiferente. Thoreau se encarga, no solo de recopilar las ideas más interesantes que obtuvo de su experiencia nocturna, sino además de enlazarlas con su habitual estilo, que parece conducirnos de un lado a otro sin ningún interés particular, para luego darnos cuenta de que precisamente eso es lo que pretende: hacernos vagar por un paisaje de múltiples elementos que no podrían existir sin el resto. Así, *Night and Moonlight* es una aproximación, un vistazo, un relato, de lo que acontece en los paseos nocturnos de Thoreau, que tuvieron lugar principalmente entre 1851 y 1853. Los primeros fragmentos fechados en su diario son de 1850, y de entre las anteriores entradas, aunque también hay escritos sobre la noche y la luna, no llegó a recopilar nada. Pudiera ser, más que nada, por el olvido o pérdida de los mismos; hasta el verano de 1851, Thoreau no se había interesado especialmente por narrar sus paseos nocturnos y anotar todas sus impresiones al respecto, por lo que fácilmente podría haber obviado, e incluso evitado, todo lo anterior, para no perder el tiempo en una búsqueda incierta. Digo esto porque, por supuesto, hay fragmentos sobre la noche y la luna desde el principio de su diario, y no con menos calidad que los de 1850. De hecho, algunas ideas que recoge en *Night and Moonlight* ya las enuncia años antes de la *selenización* de su diario, y de forma muy elocuente, destacando la influencia de la luz nocturna sobre las edificaciones y, en especial, de la apreciación, o la confusión, de lo nuevo y lo viejo. Volveré a esto más adelante.

La noche es, para Thoreau, lo inexplorado, lo que aún nadie se ha atrevido a descubrir; deja bien claro que no cree que ningún hombre se haya detenido lo suficiente como para apreciarla como es debido, y en parte (aunque luego va a citar a autores con los que coincide), parece ser así. En este sentido hace dos comparaciones principales: las expediciones por el Nilo y el aprendizaje del sánscrito; él no hizo ni lo uno ni lo otro, pero sí se aventuró por la noche (lo que es mucho más sencillo). El sánscrito lo tuvo a la mano durante sus últimos años de vida, pero no se vio capacitado para aprenderlo en ese momento; personalmente, no creo que sea una buena comparación. Las

¹ THOREAU, H.D.: *The Writings of Henry David Thoreau. Excursions and Poems*, Houghton Mifflin & Co., Boston, 1906, pp. 323-333

THOREAU, H.D.: *Noche y Luz de Luna*, <https://thoreauencastellano.files.wordpress.com/2014/09/noche-y-luz-de-luna.pdf>, última consulta 20/5/2015

expediciones por el Nilo, sin embargo, tienen mucho más jugo del que podría parecer al principio: por entonces se creía que las llamadas “Montañas de la Luna” (actualmente montañas Rwenzori) eran el origen del Nilo (según Claudio Ptolomeo), por la cantidad de agua que sus glaciares aportan al río. El tramo del río que nace de estas montañas se llama Nilo Blanco. Thoreau juega con todo esto, y se compara con los exploradores que remontan en Nilo Blanco en busca de las Montañas de la Luna; de igual modo, camina siguiendo el rastro de la luz lunar. Dentro de este juego dice algo que pudiera pasar desapercibido: “es el Nilo Negro el que nos preocupa”; el Nilo Negro es el tramo de unión del Nilo Blanco con el resto del río. ¿No estábamos siguiendo a la luna?, ¿por qué Thoreau nos dice que le interesa más el Nilo Negro que el Nilo Blanco? Siguiendo su estilo habitual, nos deja esta afirmación colgando, y después se olvida del tema. Solo nos queda suponer que el Nilo Negro de Thoreau es la noche; es decir, que no está interesado en llegar a la luna, sino solo en observar su resplandor desde la nocturnidad, que es donde mejor puede apreciarse.

Es bien conocido el menosprecio de Thoreau hacia algunos aspectos de la sociedad, y uno de ellos es la prensa. Cabe mencionar esto, aunque sea puntualmente, porque Thoreau llega a jactarse, en su novedosa intrusión nocturna, de que podría informar a los periódicos y, si hubiera suficiente interés, beneficiaría a todo el que los leyera. No hace falta decir que Thoreau considera mucho más importante lo que se pueda decir sobre las maravillas nocturnas, aquello que sus vecinos ignoran cuando duermen, que cualquier noticia; es preferible “mostrar a los hombres que hay alguna belleza despierta mientras ellos duermen”. Si por los periódicos fuera, la humanidad no conocería nada de la noche, ni, en realidad, de ninguno de los valores que Thoreau defiende de la naturaleza. Como ya hemos dicho, encuentra en la noche y en la luna unos valores estéticos y éticos especiales, y eso no es algo que interese a la sociedad de su momento, que, tal como la retrata Thoreau en múltiples ocasiones, está en una continua industrialización, obcecada con el trabajo incesante y el beneficio económico. La noche, por el contrario, es poética. ¿Qué beneficio trae la poesía para el hombre práctico, para el hombre trabajador, para el hombre de ciencia, para el hombre de economía? Absolutamente ninguno; solo representa locuras, labores inútiles. Thoreau recoge esas labores inútiles, esas locuras: son *luces lunares (moonshine)*. Cabe destacar el matiz entre lo que hasta este momento en el texto es *moonlight* (luz de luna), y lo que Thoreau llama *moonshine*, que podría ser traducido por *luces lunares* o *destellos lunares* (aunque lo traduje como lo primero, ahora me parece más adecuada la segunda traducción). En cualquier caso, es importante distinguir “de luna” y “lunar”, ya que quizá sea el único matiz en nuestro idioma que se asemeja al que quiere darnos Thoreau. Mientras que *moonlight* es simplemente la luz, *moonshine* no se refiere solamente a la luz o al brillo, o al destello de la luna, sino que tiene un doble sentido; *moonshine* significa coloquialmente *locuras* o *pamplinas*. En español este doble sentido se da en el término *lunático*, pero la traducción por *luces lunáticas* no parece muy correcta en nuestro idioma. Pero al margen de

la traducción literal, creo que no es difícil entender a qué se refiere Thoreau. Así, haciendo de la crítica (que atribuye al pastor escocés Thomas Chalmers) su punto de apoyo, reprende a todos aquellos que, sin haber convivido con la noche, pretenden hacer comentarios sobre esos *destellos lunares*, llegando a transformar la frase hecha *none of your business* (“no es de tu incumbencia”, o “no es tu negocio”) en *none of your sunshine*; es una recomendación, incluso un aviso, para todos los que, hasta este punto del texto, creían que podían juzgar la labor de Thoreau sin haberla experimentado: nada tiene que ver la luz nocturna con la diurna, nada tiene que ver la luna con el sol, nada tiene que ver la poesía con los negocios.

Thoreau no se contenta con esto; es consciente de una crítica que, sin entrar en cuestiones sociales y prácticas, se le podría hacer: la luna tiene un brillo muy inferior al del sol, no nos ilumina con tanta fuerza, no es tan intensa ni tan cálida. Pero esto no es lo importante, e incluso se permite hacer una referencia a los principios Newton: “La luna se siente atraída hacia la tierra, y la tierra recíprocamente hacia la luna.” Lo importante de la luz de luna reside en que influye intelectualmente sobre nosotros; siguiendo con su metáfora, habla de una “marea” en el pensamiento, producida por efecto de la luna. Esta influencia intelectual es de origen estético, de medio poético, y de consecuencias éticas.

Ahora bien, me he referido a la apología que hace Thoreau de sus paseos, y a qué tipo de influencia produce, según él, la luna; pero falta hablar de qué impresiones o ideas originan realmente sus paseos nocturnos. Thoreau también habla de ello en este texto, con casos muy específicos, aunque nunca directamente. Puede pasar desapercibido que Thoreau nos esté hablando de alguna idea precisa, o de alguna reflexión que conduzca fuera de la estética porque, de hecho, casi todo el texto se dedica a perfilar todos los matices posibles en la estética de la noche. No es eso lo que más me llama la atención del texto, aunque un análisis detallado podría ser muy revelador para cualquier esteta mínimamente interesado en ello, no me cabe ninguna duda; si algo le sobra a Thoreau son recursos poéticos y descripciones estéticas.

Hay una idea principal que concluye el texto, y que hace ver que la luz lunar no solo nos lleva a una contemplación de la belleza nocturna, que resulta un punto de vista nuevo sobre la naturaleza, sino que además Thoreau añade una reflexión sobre cómo esta luz tenue, nocturna, lunar, hace que comprendamos lo civil de una manera distinta. Según Thoreau, la luz diurna nos ciega, es deslumbrante, ostentosa, “es meramente estridente y flagrante”. “Estridente y flagrante” (mi traducción de la conjunción *garish and glaring*), justamente lo contrario que las estrellas, cuya luz es suficiente y nunca excesiva. Que la luz solar sea tan radiante nos lleva a entender el mundo de manera estrictamente civilizada; conduce a conceptos muy definidos y, en realidad, muy alejados de la impresión natural y confusa que nos proporciona la noche. En definitiva, Thoreau está haciendo apología de la confusión nocturna, de la indeterminación de los conceptos, de la falta de definición,

de la imprecisión; el exceso de luz es bueno para la civilización, pero la naturaleza necesita de la indeterminación. Y no solo la naturaleza, como un aparte de la humanidad, sino nosotros mismos y nuestro pensamiento. “La luz [nocturna] es más proporcionada a nuestro conocimiento que la del día. No es más oscura en las noches normales que la atmósfera habitual de nuestra mente, y la luz lunar es tan brillante como nuestros momentos más lucidos”.

El ejemplo con que ilustra esto es la construcción. Aunque en el texto no se extiende en ello, en su diario sí que hay referencias más detalladas; en concreto una entrada del 3 de septiembre de 1841:

La luz lunar es la mejor restauradora de la antigüedad. Las casas en el pueblo tienen una elegancia clásica como de los mejores días de Grecia, y su iglesia a medio terminar me recuerda al Partenón, o lo que sea más famoso y excelente en el arte. Está tan sereno, reflejando la luna, e interceptando las estrellas con sus vigas, como si se refrescara con el rocío de la noche igual que yo. Por el día Mr. Hosmer², pero por la noche más bien Vitruvio. Si siempre tuviera esta luz leve y sombría, se terminaría ya. Está en progreso por el día pero completa por la noche, y su diseñador ya es un viejo maestro. [...] En esta obscuridad no hay colores frescos que ofendan, y la luz y la sombra de la noche adornan lo nuevo igual que lo viejo.³

La confusión entre lo nuevo y lo viejo, que aparece tanto aquí como en *Night and Moonlight* (“las cosas nuevas y viejas se confunden. No sé si estoy sentado en las ruinas de un muro, o en el material para construir uno nuevo”), parece una referencia a la continuidad de la naturaleza, lo que expresa mucho mejor en *Autumnal Tints*, al hablar de que las hojas caídas alimentan al árbol: mueren, pero esa muerte sirve para una nueva vida. Así, lo nuevo y lo viejo, lo joven y lo anciano, lo vivo y lo muerto, están en la naturaleza en continuo movimiento. Distinguir uno y otro es un producto civilizado, y para Thoreau no constituye ninguna verdad sobre el mundo, sino todo lo contrario: una visión artificial; necesitamos confundirnos en la noche para percatarnos de cómo es en realidad la naturaleza. La forma de conseguir esto es familiarizarse con el lenguaje de la naturaleza, que es un lenguaje poético, metafórico, simbólico, e intuitivo. Muestra de ello es el mismo texto de Thoreau, que recurre continuamente a la metáfora y al símbolo, al lenguaje poético, como único medio para expresarse. Sin embargo, para comprender del todo esta postura debemos acudir, de nuevo, a su diario, donde encontramos este fragmento del 10 de mayo de 1853:

Es más rico quien más utiliza la naturaleza como materia prima de tropos y símbolos con los que describir su vida. Si esos portales de sauce dorado me

² Seguramente se refiera a Nathan Hosmer, carpintero de Concord.

³ THOREAU, H.D.: *The Writings of Henry David Thoreau. Journal I*, Houghton Mifflin & Co., Boston, 1906, pp. 281-282

afectan, corresponden a la belleza y promesa de alguna experiencia en la que estoy entrando. Si estoy rebosante de vida, soy rico en experiencias para las que me falta expresión, entonces la naturaleza será mi lenguaje lleno de poesía, —toda la naturaleza será *fábula*, y cada fenómeno natural será un mito. El hombre de ciencia, que no está buscando la expresión sino por un hecho que se exprese meramente, estudia la naturaleza como un lenguaje muerto. Rezo por tal experiencia interior ya que hará a la naturaleza significativa.⁴

Ya he hablado del paralelismo que establece Thoreau entre la luz nocturna y la lucidez intelectual, y que la naturaleza proporciona un conocimiento mucho más intuitivo, pero más real, pero hay algo más, hay algo ético. En un momento de *Night and Moonlight*, Thoreau nos deja caer una expresión que, lejos de ser casual, nos abre toda una nueva interpretación del texto: “Todas las plantas y campos y bosques emiten su olor ahora, helonias en la pradera y atanasias en la carretera”. Las helonias (*Helonias bullata*) es una planta que crece en zonas húmedas de bosque y pantanos, aunque no hay mucha información sobre su aroma. La atansia (*Tanacetum vulgare*) no se suele identificar tanto con la zona en la que crece, sino con su uso, ya que, en especial durante el siglo XIX, se utilizaba para elaborar repelentes de insectos, y solía presidir los funerales. La asociación, como digo, no es casual: Thoreau asocia la humedad y la frondosidad relacionadas con el olor de la helonia a la naturaleza más salvaje; sin embargo, el olor de la atansia, del repelente de insectos de los funerales, se encuentra en los caminos, en las zonas civilizadas. Thoreau se sirve del olfato, liberado en sus paseos nocturnos, para decirnos que, sin necesidad de agudizar la vista, hay ya en la apreciación aromática de la naturaleza una diferencia entre lo salvaje y lo civilizado. Es más, se trata de una diferencia que conduce a una crítica de carácter ético. En la naturaleza, por sí misma, no hay distinción entre lo nuevo y lo viejo, entre lo vivo y lo muerto, no hay nada negativo en la caza ni en la muerte; sin embargo, en cuanto aparecen estos temas en la sociedad, y aun sin aparecer, en cuanto los relacionamos con algo tan simple como el olor de la atansia, vienen a nosotros imágenes tristes, ceremonias fúnebres, y una distinción entre lo que está vivo y lo que está muerto que es totalmente antinatural, artificiosa; se extrae una asociación de la muerte como algo malo, de lo viejo como algo desgastado e inútil, y así con infinidad de conceptos.

Como decía al principio, Thoreau comienza con una apreciación estética que se convierte al final en una ética. Su exposición de la noche y la luz de luna es tanto estética como ética, al mismo tiempo que poética; pero sobre todo, como cualquier texto de Thoreau, conduce a una apreciación crítica de la sociedad.

Diego Clares Costa (20 de Mayo de 2015)

4 THOREAU, H.D.: *The Writings of Henry David Thoreau. Journal V*, Houghton Mifflin & Co., Boston, 1906, p. 135